

SEMINARIO DE LETRAS

BREVE ENSAYO SOBRE EL SENTIDO DE LA POESIA PERUANA.

EL PERU EN AMERICA.

El Perú, como país hispánico, de antepasados españoles, de herencia castellana, es de breve desarrollo biológico. Sin embargo es uno de los más antiguos de nacimiento en América. España tiene dos hijas viejas en el nuevo Mundo: México y el Perú. Ambos países son el orgullo de nuestro Continente, el antepasado glorioso de la familia, el blasón nobiliario de la raza. Y no digamos que solamente a partir de la conquista de España empieza el lustre de las ilustres ciudades. Ya desde antes: el Anahuac al norte y el Collao al sur, surgían como dos columnas, plintos, sostenes de la gloria del indígena, del hombre rojizo que plasmaba una cultura. América y dentro de América, Perú y México tienen que vivir orgullosas de ser cunas de civilización y de cultura. Y España, que encontró estos pueblos fuertes, vigorosos, jóvenes, también debe enorgullecerse por haber contribuído con su cultura más vieja, madura, a ayudar el desarrollo, que tan bien explica Spengler, de la cultura. En el pasado de nuestros pueblos, como en el pasado de las familias, no caben las lamentaciones. Sabemos que somos la herencia de dos razas, que las dos tuvieron características buenas y malas, como todas las razas del mundo; sabemos que el aborígen americano forjaba una cultura y que tarde o temprano Europa vendría a América o América iría a Europa. Desde el momento en que Europa vino a América mostró su superioridad, el adelanto de todas las ciencias, la mayor visión de sus hombres, la necesidad de nuevas tierras. Además, es innegable y perogrullesco el decirlo, la cultura europea, entre ellas la española, era por entonces antiquísima. Esa Edad Media que tan distintamente se juzga hoy en día. Epoca de cruzamiento entre los pueblos de Europa y en que se realiza ese heroico gesto de conquistar el sepulcro de Cristo—

símbolo, idea, humanidad— sin las fuerzas con que ahora cuenta el mundo civilizado. En Europa ya se había construido la catedral gótica, larga, puntiaguda, rompiendo las nubes y anulando la gravedad de la tierra, como dice Worringer. Alfonso el Sabio había escrito sus célebres y hábiles códices y en la Francia había existido un Carlo Martel y en la España un Cid Campeador. Muy cercana época en que un hombre plasmó todo el refinamiento estético en versos difíciles: Góngora, y Garcilaso iba a comprender el mundo, huyendo de la ciudad al campo relegando a la hermosa mujer de corte, por una fresca campesina, al pié del río y entre apetitosas frutas y olorosas flores. Y España tendría que escribir el Quijote; porque Cervantes es España, porque el Quijote es España y España es Cervantes y es el Quijote.

Indudable e indiscutible es la cultura de España. Se dice que los hombres que vinieron en son de conquista no fueron los hombres cultos; pero diremos que fueron civilizados. Es verdad que Francisco Pizarro y Diego de Almagro no supieron escribir y que lo más que llegaron a hacer fué dibujar su rúbrica. Pero en su sangre traían cultura; en sus ojos venían las imágenes; en sus oídos los sonidos; en sus manos, en las yemas de los dedos, el contacto; en sus vestidos y hasta en sus pelucas que las empolvaban con la tierra de la conquista y en sus espadas que imponían la cruz cristiana o en sus caballos briosos que asustaban al hombre. Venían ellos de pueblos cultos y aunque sin darse cuenta, sin intención, sin voluntad, traían cultura.

América estaba poblada por pueblos que aún no habían completado su cielo cultural. Solamente los pueblos de los territorios peruano y mexicano avanzaban prodigiosamente. Se preparaban a ser grandes naciones, seguramente. Lo hubieran sido si hubieran continuado su camino, pero habrían demorado mucho en ello. Todavía no tenían una escritura completa, a pesar de que cronistas como Cieza de León y otros, aseguran su existencia, y andaban desparramados unos cuantos romances bellos. Se dice que hubo teatro en las plazas públicas; se habla de ciertas comedias como el Ollanta o Ollantay, que tanta crítica ha merecido, y que a pesar de su raíz indígena ha sido, seguramente, arreglo de un español conocedor del quechua. No menos importante por eso, el tema, paisaje y personajes. Existen otras obras para el orgullo de América, como el Popol-vuh, especie de Antiguo Testamento de los Mayas, que tradujo Brasseur de Bourbourg. Ultimamente se han recogido algunos cantares en nuestra sierra y hasta en la montaña; cantares de gran belleza vital, nutridos de imágenes, lozanos, pletóricos; sin el triste ritmo de un yaraví, que siendo muy bello es arte del indígena a través de la Colonia. El hombre americano estaba en la época de la construcción; su mira era la fortaleza, el castillo, el

templo: la conquista, el rey y el dios. Elementos también de españoles y europeos, pero con diferencia de características y de profundidad.

No es querer establecer superioridad ni inferioridad decir lo antes dicho acerca de nuestra raza autóctona. Es únicamente lo que nos parece que es la verdad. Constatación. Lo que España nos trajo y lo que teníamos nosotros. No es solamente Indoamérica nuestro pasado; lo es también España, que de España también venimos y hoy hasta su lengua hablamos y sus rasgos tenemos.

Está demás decirlo y no es aparente para este estudio lo que se ha dicho de la psicología del español; del indio oborígen y del criollo o nuevo indio, como lo quieren algunos. Entre estas opiniones nos basamos en las de Waldo Frank, Unamuno, Salaverría, Vasconcelos, Uriel García, etc. Nos hemos propuesto pasar ligeramente el pasado de nuestro Perú, para poder llegar hasta el sentido de la poética actual. Haremos dos capítulos mas: el uno brevemente sobre la Colonia y el otro sobre la República y después haremos una comparación con la poética de Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Colombia, Ecuador, para concluir con nuestro parecer del sentido que tiene hoy nuestra poética.

POETICA DE LA COLONIA.

El espíritu indígena es acallado. Se retira de la vida urbana; las ciudades son pobladas por los españoles venidos de Europa, especialmente de Andalucía. El indio peruano es aletargado, lo aletargan; su sangre, tan vital, no sigue palpitando. Es interrumpido el desarrollo de la cultura quechua con la llegada de la cultura hispánica. Durante todo el período colonial no se puede hablar de poética peruana, ni menos aún americana.

Junto con las carabelas, navíos, vinieron también las costumbres, las ideas; todo ello nuevo, flamante. El hombre del mundo descubierto se quedó extasiado, asustado; y sin comprender aceptó, a la fuerza o voluntariamente, guardándose en lo más profundo de su corazón la atávica herencia de los suyos. Y por varios siglos durmió la cultura indígena, tahuantinsuyana, para despertar algún día. Vinieron virreyes, condes y marqueses; vinieron calesas con briosos caballos; vinieron hombres ambiciosos, frailes humanos y se creó la Colonia.

No es del criterio de este ensayo sostener las ventajas y desventajas de la Conquista y del Coloniaje, que es problema sociológico-histórica, aunque un principio eclético se refleje en este estudio. Lo único que debemos hacer es constatar los hechos. Sabido

es que Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque fueron los primeros coloniales en el suelo peruano. Ellos traían a España y la colocaron en ese enorme trozo de tierra; se situaron junto al mar, en un ambiente de niebla y humedad y pusieron a su ciudad el castizo nombre de Ciudad de los Reyes, al pié de un río tranquilo que murmuraba entre sus aguas el armonioso nombre de "Rímac". Sin embargo, ni Pizarro, ni Almagro, traían gran bagaje de cultura; ellos no lo traían pero eran los heraldos, los símbolos. Ya vendrían tras de ellos, Cervantes y Lope; Calderón y Góngora; el Cid y Don Quijote. Aunque don Quijote ya había llegado, un poco ambicioso; un Quijote que sabía valorizar los metales, que su Dulcinea podía ser cualquier mujer española; princesa o plebeya; ñusta o india peruanas.

Y corranos muchos años adelante, hasta llegar por lo menos a media Colonia. O mejor vayamos de principio a fin: totalmente. España surge por todas partes en el nuevo Mundo. Aún no podemos hablar del nuevo hombre, criollo, mestizo, que ya estaba en gestación, que empezaba a manifestarse como espíritu, fuerza. Miremos nuestro campo colonial y veremos surgir la figura del señor Conde de la Granja, manejador estrafalario de una poética que él mismo no entiende, o don Pedro de Peralta y Barnuevo Rocha y Benavides, escritor masacotudo y autor de "varios engendros poéticos", como los bautiza el doctor Riva Agüero. Y todos los demás también. Se salvan unos cuantos nombres dentro de lo gárrulo y disparatado del momento. Pierden su tiempo los señores en reunirse para hacer versos a la fuerza; para dar gusto a un virrey engreído. Se lee mal a Góngora y se le copia peor aún. Si en la propia España los imitadores de don Luis no tuvieron éxito, menos lo tendrían los de ultramar, que llevados solamente por afán de brillo y pasatiempo se ponían a ejercitar la imaginación y la gramática. Todos los críticos están de acuerdo en sacar de este maremagnum literario dos nombres gloriosos: Amarilys y Caviedes. Amarilys, la mujer peruana; Caviedes, el hombre peruano. Ya surge el espíritu propio y nuevo, aunque Amarilys es mas española y Caviedes más peruano. Menéndez Pelayo, como buen crítico y erudito, duda de la personalidad de Amarilys y duda también de buena parte de la obra poética de Caviedes. Sin embargo críticos americanos han probado la existencia de un personaje que vivió en el Perú virreinal y que innegablemente tuvo el alma de Amarilys, llámese como se llamare. Amarilys tiene frescura, originalidad y espontaneidad, mercancia tan rara en tal época, aunque, volvemos a insistir, no es aún representante auténtico de americanidad, ni mucho menos de peruanidad. Caviedes si. Es costeño, con mucho de indio y mucho de español, pareciéndonos un buen lector de Concoloeorbo, otro de los contados espíritus criollos, digamos cholo,

cholo sin desprecio, cholo o eriollo, mezclado, peruano. Nace el espíritu de una nueva raza, la que ahora palpamos, con la herencia de los Reyes Católicos y de los Emperadores del Titicaca. Ni es indio puro porque no tiene los caracteres totales de él; y no es español puro, por idénticas razones.

Veamos su poesía, que es lo que nos interesa en estos momentos. Hacemos constar, como anticipo a las conclusiones de este estudio, que la poética del limeño Juan del Valle y Caviedes, es la puerta de la poética regnicola peruana, del alma de toda la poética que iba a venir después. Es burlón, atrevido, liso y criticón. Critica a la manera del chisme y chisme es una manera de queja. El limeño es quejumbroso, triste como los atardeceres de su ciudad, y suponemos que en toda la costa peruana sucede cosa parecida; pues en toda la parte sur, de Huacho a Tacna, se puede constatar el parecido temperamento, el mar bello y triste en las playas pobres y costas vacías de vegetación, que predispone a la pesadumbre. Si no hubieran sido españoles, y principalmente andaluces, nuestros conquistadores, más bien nórdicos, por ejemplo, quizás si hubieran sido misteriosas nuestras almas. Tiene que haber una notable diferencia entre el paisaje español y el de la costa pacífica de América del Sur. España, Andalucía, quemada de sol, abierta al azul del cielo, invitando a los caminos largos ofreciendo carne sensual y sabrosa; en cambio el paisaje limeño, pongamos por caso, apenas acariciado por el sol y por un sol veleidoso que juega a los escondidos con las nubes enormes y que predisponen a la pereza, a la sensualidad del olor y del sonido más que a la sensualidad sabrosa de la fruta en sazón. En las costas peruanas nos hacen falta los fiords noruegos—pincelada ibseniana—y un hombre como Ibsen que fabrique hombres de sus tonalidades. Pero españoles fueron los que vinieron y se asustaron de nuestro paisaje al que no comprendieron nunca, como lo demuestra Terralla y Landa (Simón Ayanque) en su virulento libro en desprecio de Lima. Y se meció esa alegría con esa tristeza; se desbordó el buen humor pero así, solapado, chismoso. Chismoso es también ser alegre, pero por lo bajo, sin risa ruidosa. Todos los hombres de la Colonia fueron así; ninguno rió como Quevedo ni como el Arcipreste; ninguno fué truhan como Guzmán de Alfarache o como Lazarillo; ninguno fué andariego como don Quijote o valiente como Ruy Díaz de Vivar. Es que España, además, era pueblo viejo y como uva madura daba buen vino; el americano, peruano en este momento acababa de nacer, engendrado por la España poderosa en la tierra vigorosa y ubérrima del Nuevo Mundo.

Es por ello que en si la poética colonial no vale nada. Es decir, no vale nada cada poeta, ni vale nada cada poesía. La metáfora no tiene ninguna originalidad ni el poeta ninguna personali-

dad. Pero todo el conjunto si es interesante. Se nota la intención de crear; se conoce lo traído del viejo mundo y las calles de las ciudades coloniales tienen en el ambiente la cultura que mas tarde, siglos mas tarde, se cimentará. No nos importen las reuniones sosas del Virrey Castell-dos-Rius, ni los cantos de alabanza de don Pedro de Peralta y Barnuevo; ni las ilusiones sendo-ultraistas del Conde de la Granja, del Lunarejo o del Padre Ayllón. Impórtenos si el alma, el espíritu, fuerza; impórtenos si la risa de Caviedes o el suspiro de Amarilys; impórtenos si, la coquetería de Miquita Villegas, que más limeñamente nos suena, Perricholi. Allí, en todo ello, está el alma de nuestra alma nacional.

POST COLONIAJE.

Cuando termina el Coloniaje; cuando San Martín ha muerto en Europa y Bolívar también se ha ido del mundo de los vivos, sin materializar su ideal de una América única, es cuando empieza a asomarse, cual una tapada indiscreta, que arroja manto y saya, el rostro pícaro, zalamero y romántico del alma nacional.

Pero el alma nacional peruana no va a estar en los versos de los románticos solamente. Va a estar también en las letrillas politiqueras, en las sornas sociales, en los escritos de las paredes callejeras, en los pregones de los vendedores de golosinas y tan fuertemente allí que hasta nuestros días ha durado.

Dos aspectos tiene la poesía en la iniciación republicana: una oficial y otra oficiosa, si se permite la división. Nos llegan los versos de los románticos; nos cuentan el suicidio escenográfico de Larra ante el espejo; nos leen las páginas, digamos cinematográficas, de Werther, y nuestros poetas se sienten invadidos de una nostalgia importada de occidente. No les vamos a negar a nuestros vates el volumen poético; nacieron poetas y seguramente pudieron hacer he hicieron magníficos versos, pero no llegaron a donde hubiéramos querido que llegaran. Les habían puesto por delante un modelo: vidas y obras: biografía y bibliografías. El sentido de la poética en la iniciación republicana es sabido que pertenece al género romántico. Nuestro pueblo joven copiaba la escuela francesa sin ser un pueblo parecido al francés; copiaba a la España romántica. No tenía remedio ese venir de libros de poética quintanesca. Se endulza el espíritu de palabras tristes, de amores prohibidos, de cantos a la patria nuevecita, chillando de nueva; se canta al progreso, a la máquina, al vapor, como lo hiciera el maestro Quintana. No se imita a los clásicos; cada época con su época. Y tenemos de este modo un largo proceso de lírica, en el sentido es-

tricto de la palabra: el lirismo, el primer “ismo” peruano que bien se puede decir “cursilismo” y “sensibilismo”. Otro aspecto es el de la letrilla popular, ingenio del vulgo, gacetillero, panfleto, humorismo callejero, de invenciones y burlas políticas y sociales. Este aspecto poético del Perú necesita un especial estudio y no está lejano el día en que uno de nuestros eruditos se decida a hacer un ensayo de papeles tan valiosos de los cuales muchos existen en nuestra vieja Biblioteca Nacional y en nuestros periódicos y hasta en el recuerdo de muchos hombres de antaño. Es una época de montonera, de militares audaces y de mujeres ambiciosas y valientes, como la Mariscala; época en que a veces teníamos un gobierno en el sur, en Arequipa por lo general, y otro en Lima. Los periódicos decían la vela verde, como vulgarmente se dice, al partido o grupo o caudillo que no era de sus simpatías.

Es justificado el carácter poético de la época republicana. El Perú, país de gran importancia en el transcurso de la Colonia, ciudad Luz que fué Lima de todos los virreynatos; quedaba el sedimento de maternidad de España y creció el hombre de la patria libre llevando la herencia, no ya del conquistador, sino del colonial. El conquistador había terminado su cometido aunque viviera dentro del mismo español, pues éste se sentía en el Perú como en su propia patria y muchos mestizos viajaron a Europa, como el Inca Garcilaso de la Vega, donde escribió en prosa maravillosa sus obras que pueden figurar en cualquiera antología castellana.

El peritano nació en el fragor de las guerras de la independencia; ama a su patria, la quiere noble y respetada y en ese afán empieza a luchar para conquistar su ideal, pero la lucha la dirige contra el mismo, sacando por resultado todo lo contrario de lo que se propusiera. El hombre peruano había encontrado su propio hogar y no el prestado, regazo de madre, calor y ternura propia y sueña. Sueña románticamente, como únicamente se puede soñar. Pero pide prestado el ensueño que viene a una tierra triste y perezosa como la nuestra. Se vuelve terrible el romanticismo de los románticos. Son ellos los padres de toda la poesía peruana del siglo pasado. Pero no se puede negar en nuestros poetas el amor a la tierra, aunque muchos cantaron a la madre España, a sus Reyes y a sus glorias. No los podemos acusar; España, como dice Amado Alonso, era una herencia como lo es ahora y lo será siempre.

Mariano Melgar es un primer poeta republicano; de raza indígena y española. Construye su verso a la medida de los que vió, pero agrega el alma de nuestras tierras, sobre todo de nuestros Andes. Quizás es el primer poeta de estro andino. Romántico sin conocer el romanticismo como escuela. No importa que no sea un gran poeta como lo juzga el doctor Riva Agüero; es suficiente que su obra marque una etapa digamos inicial en la poesía peruana. Con

Mariano Melgar se puede empezar a catalogar una lírica, se puede seguir un desarrollo. Murió muy joven y no podemos calcular hasta donde pudo llegar con su poesía en una tierra como la suya, siempre alumbrada de sol, pintada de verde y envuelta de frío seco, agradable y tónico. Melgar pudo haber seguido tejiendo aquel verso andino, musical y triste. Amarilys y Caviedes habían señalado la puerta, estando dentro ellos; Melgar se asomó a la ventana y Olmedo sale hasta mucho mas de la puerta. Olmedo es un poeta de muy alto vuelo; canta a la América y a la Raza como lo hicieron los rapsodas griegos.

Y triunfalmente fuimos una República; una República que se peleaba todos los días, pero una República al fin y al cabo. Como se deseaba, con gobierno propio e idea propia aunque siempre siguiéramos pidiendo prestado todo. Transcurren los años y entre esos años nacen y mueren las figuras de Pardo y Aliaga, quien sufre mucho para despojarse de lo "muy español" que le sobra; Manuel Asencio Segura, que sabe reír y criticar, que sabe pintar mujeres y hombres de su tiempo con sus vicios a flor de piel y entre carcajada y carcajada. Y otros muchos desfilan por el escenario poético de nuestro país: Arnaldo Márquez y Clemente Althaus, románticos de mucho adorno; Carlos Augusto Salaverry, de mayor espontaneidad, franqueza y sensibilidad; Luis B. Cisneros, con el entusiasmo de la nueva época; Juan de Arona, el buen hablista del Perú nuevo, que tenía siempre una chanza y una sonrisa para los acontecimientos y personajes de su época; don Ricardo Palma, ilustre desenterrador de la Colonia, un poquitín mentirosillo, pero con un alma curiosa de todo lo criollo; amor a lo suyo y conocimiento y manejo del idioma con indiscutible maestría.

Hasta aquí el alma pos colonial. Algo de laberinto, bullanguera, llena de ensueños y a pesar de sus tristezas, encendida de fé

BOHEMIA LIMEÑA.

Después de la guerra con Chile asoman dos nombres importantes en la poesía peruana: José Santos Chocano y José María Eguren. Chocano es el poeta que quiere dominar la América con su verso exuberante; él mismo se titula poeta de América. Chocano es, indudablemente, uno de los poetas que mas brillo ha dado al Perú. Su nombre llegó a la Europa y se pronuncia con admiración en los países de habla castellana. Eguren, mas ignorado, apenas si es conocido en el ambiente literario de nuestro país y desconocido en países tan cercanos como la Argentina y Chile. Bien

vale decir que Chocano y Eguren son poetas opuestos. Chocano ha sido un poeta popular, de verso hermoso y fácil al oído. Se encendía prontamente, era violento y gustaba de los públicos y del réclame. Eguren ha sido el poeta de la incógnita, del verso bello pero difícil, sin violencias vitales; más bien débil; enemigo de las multitudes y de que su nombre se lea en los escaparates. La poesía de Chocano se puede aprender y repetir a cada momento; la de Eguren es para meditarla y repetirla a media voz. Pero ninguno de los dos poetas es representante fiel de nuestro medio, de nuestra raza. Chocano canta a la patria, al indio, a la sierra, a la quena, al pasado y sin embargo no logra ese carácter de poesía que iba a venir años mas tarde. Y es que Chocano era solamente un espectador que gustaba saborear las cosas raras y exóticas de un pueblo que tenía delante como si llegara de visita. Eguren mas lejos aún, nos lleva por las tierras de las walkirias y se esconde entre las espesas nubes de nuestro cielo cerrado. Pero Eguren rompe con el tradicionalismo; sin darse cuenta, como buen poeta, hace la revolución poética en el Perú. Chocano es mas amante del pasado; ya lo coloca un crítico dentro de lo Colonial. Chocano continúa siendo el mismo hombre de la Colonia, de la Revolución y después, de la guerra con Chile. Eguren ni se dá cuenta de estas cosas que pasan a su alrededor. Tan solo sabe de sus princesas de nieve meterlinianas y de sus torres de humo. Si alguna vez se acuerda de la Colonia y del indio peruano no es sino como un medio de estética pura. Chocano se va del Perú y no regresa nunca; Eguren vive en el Perú pero sin saberlo. Los dos grandes poetas merecen mas atención de nuestra crítica y cariño de nuestro pueblo.

Y viene don José Gálvez, la simpática figura del hombre de Lima y que a pesar de ello nos parece un intelectual español. No sabemos por qué nos sugiere su imagen la imagen de ese don Ramón del Valle Inclán, el de las bellas Sonatas, muerto recientemente. La prosa de Gálvez elegantemente se dedica a contarnos la vida de esta vieja Lima. Es un fino cantador de las costumbres; mira a través de sus anteojos curiosos y narra incansablemente los detalles de esta Lima que se vá. Gálvez representa un momento de nuestra vida costeña. No tiene el mismo empuje político o político de Abelardo Gamarra (El Tunante), ni tampoco la chispa zamba de Manuel Asencio Segura; pero en cambio es de más finura, de mayor conocimiento del idioma y si hubiera estado su alma con don Ricardo Palma habría escrito las tradiciones peruanas más sinceras. No digamos que es un colonialista; ama el color local, lo que vieron sus ojos niños y lo que le contaron las viejas. Ansiaría conservarlo todo no porque todo tiempo pasado sea mejor sino porque es amoroso del recuerdo y del alma de su pueblo. Gálvez es nuestro limeñismo anticuado y que a pesar de todo el refina-

miento actual y sin haber paladeado esos tiempos idos, sin embargo hay en nosotros un no sé qué de añoranza.

Momento criollísimo para el Perú es aquel en el cual pasa por nuestro ambiente la figura de Abraham Valdelomar y toda su bohemia. Valdelomar si que tiene alma criolla, temple criollo; alma y cuerpo. Su obra no es tan interesante como los momentos de su vida. Veleidoso como buen limeño tan pronto imita a Oscar Wilde como tan pronto a Gabriel D'Anunzio. Protestaba a gritos de los cholos y de los zambos, con aire despreciativo miraba las costumbres de los suyos y sin embargo muchas veces embelleció su ya bella literatura con motivos locales como en su célebre cuento "El Caballero Carmelo". El criollo es así: charlatán y crítica de lo suyo. La huachafería solo existe en los demás y parece que procurasen no mirar jamás los espejos. Valdelomar se ríe de los universitarios y de los académicos como en tiempos lejanos se ríó Caviendes de los médicos. Se ríe porque él es un perezoso. Jamás estudiaría un curso universitario y si él entró a la Universidad de San Marcos no fué por aprender sino por otros motivos. Pedantemente entraba a los salones de clase, concurriendo de vez en vez, a la hora en que iba a terminar el profesor su explicación. Su poesía se formaba en las calles, en las tertulias, en los cenáculos y en los cafés. Era el Walt Whitman peruano. Valdelomar no tuvo escuela; no perteneció a esos terribles "ismos" en que se empeñan en colocar los críticos a los escritores de hoy. Valdelomar nunca fué un erudito. Su literatura es un tanto epidémica, se asemeja mas que ninguna al carácter del costeño peruano, principalmente del limeño. Sensualidad festiva, bromista de la gaya-ciencia y a pesar de esto, es bueno hacer constar, y nos remitimos a los artículos publicados en "El Tiempo" de Lima, que es uno de los que introducen el surrealismo, (ya lo tenemos en un "ismo"), sin conocerlo. Allí en esos artículos vemos la personalidad de los muebles, y dá rienda suelta al subconciente, con un algo de Proust barato. Es una de sus tantas facetas en la corta vida que tuvo. Leonidas Yerovi es el complemento de esta bohemia limeña. Sin ser vital, es varonil, valiente, también anti-académico, anti-colonialista. Sensual y travieza su imaginación disparata rubendarianamente. Ama las princesas pálidas de Golconda, las porcelanas y las japerías en las lindas y pispiretas limeñas. Elegante y trasnochador, pero no como el europeo, sino limeñanamente criollo, digamos si se nos permite la palabra sin ningún insulto, huachafosamente. Desde luego cuando se quiere ser parisiense y se sigue siendo limeño es una huachafería. Se vive con intensidad la vida limeña; se crítica el Arte, la Política, los asuntos internacionales. La poesía tiene la decadencia pintoresca del espíritu costeño; adormida y afiebrada sensualmente combate los tiempos pasados usando las mismas ar-

mas pasadistas. Estos criollos no quieren ser criollos y nos dejan una época la más criolla de todas.

Desaparece este grupo que es sin duda uno de los mas simpáticos representantes de nuestra tierra costeña y el Perú se entrega al estudio de la Historia y de la Economía: Riva Agüero y Mariátegui. La poesía también gira. Por no alargar este estudio veamos brevemente las ramificaciones que toma la poesía.

NUESTRO TIEMPO.

Podemos dividir el territorio peruano en cuatro sectores importantes de poesía: Norte, Trujillo, principalmente; Centro, Lima, principalmente; Sur, con dos subdivisiones, Arequipa, principalmente, y Puno y Cusco.

En el norte surge la figura de César Vallejo, muerto hace poco en París, y la figura de Alcides Spelucín; en el centro por una parte la escuela de Eguren aunque no sean precisamente egureñanos los poetas: Enrique Bustamante y Ballivián, Alberto Ureta (iqueño) hasta llegar a los Peña Barrenechea, Emilio Wespffalen, José Torres de Vidaurre y José Varallanos (Huánuco). En el sur tenemos en Arequipa: Percy Gibson, César A. Rodríguez, Alberto Guillén y Alberto Hidalgo; en Puno, Alejandro Peralta.

Estos son a nuestro juicio los que sostienen y dirigen el movimiento poético de nuestros días en el Perú.

Por un lado César Vallejo, revolucionario desde París y Moseú, plasmó un hermoso libro antes de emprender viaje a Europa, con un recuerdo y sabor al verso de Chocano en "Los Heraldos Negros". Más tarde enriquece su fortaleza y se contagia de ultraismo y escribe "Tricle". Marcadamente se ve en su poesía la rebeldía del hombre americano. Es el cholo-indio costeño con añoranza de la sierra. Alcides Spelucín es atildado, magnífico buscador de motivos bellos, queriendo hacer poesía revolucionaria en su "nave dorada". No tiene el empuje de la poesía de Vallejo, no creemos que sea una poesía de la tierra peruana. Enrique Bustamante y Ballivián empezó con los cantos azules, pavanas y minués, y acaba escribiendo un libro serrano "Junín". Bustamante y Ballivián si puede entrar en la escala de los poetas de la sierra peruana. No tiene el empuje, ni el grito de Vallejo, ni el virtuosismo de Spelucín; pero sí la sencillez elegante, fácil y sutil de los amaneceres andinos, de los paisajes tranquilos y de los colores serranos. Mas tarde continuará con éxito esta poesía Luis Fabio Xammar. Alberto Ureta es lírico con remembranzas de Becquer. Su verso puede representar el alma fina y sensible de la costa, pero sin ten-

dencia regnicola. Martín Adán es el mas lejano de los poetas limeños de Lima. Verdad que es laberintoso, festivo varias veces, más también es clásico; nos recuerda esa melodía de Garcilaso. Enrique y Ricardo Peña Barrenechea tienen un aroma nobiliario de noche colonial, pero sin Colonia, sin calles, sin virrey. Sus poemas son pequeñitos, breves, suaves y sùtiles. Quizás no dicen nada aunque hacen decirse mucho. Emilio Westphalen, a quien los críticos peruanos consideran un gran poeta, es sumamente difícil y en ningún momento podemos decir que sea de Lima o de nuestra costa. Es una poesía torturante, aniquiladora, hace sufrir intelectualmente. No se le puede negar, pero se le quisiera sentir. José Varallanos (de Huánuco) ha escrito los poemas cholos, cholos serranos, andinos del centro. Bustamante y Ballivián es el paisaje; José Varallanos es el hombre. Bustamante y Ballivián es la paleta; José Varallanos es el pincel. Varallanos es más social; Bustamante y Ballivián más artista. Varallanos quisiera cambiar el orden de las cosas serranas; Bustamante y Ballivián las contempla extasiado. José Torres de Vidaurre se pelea con Varallanos o Varallanos con José Torres de Vidaurre el estro criollo, cholo, zambo. Varallanos es el poeta del indio serrano; Torres de Vidaurre del indio costeño, principalmente del limeño, que más que indio es el zambo. Torres de Vidaurre es religioso de costumbres, más tradicionalista, más ciudadano; Varallanos es radical y campesino. La poesía de Torres de Vidaurre se siente en las calles de las ciudades coloniales, en las iglesias, en los zaguanes; la de Varallanos, en la choza de totora, en las ciudades indígenas, amor de ayllu. Y así nos quedamos con este sentido poético capitolino y de sus alrededores.

Vayamos a Arequipa. Percy Gibson no ha dado una obra completa como lo reclama su verso. Tiene cierta hermandad con la poesía de José Gálvez; galanura, ironía distinguida. Gibson si es arequipeño, poeta de su tierra y de sus individuos de la marineray, del tipismo de su ciudad que ama tanto el hombre. César Atahualpa Rodríguez en verdad que es un dilema. El, tan serrano espiritualmente, con un nombre o sobrenombre tan incásico, tan fugado de la ciudad y de los hombres modernos, tiene la reminiscencia de los decadentes franceses, Samain, Ronsard y Nerval. Ama la música selecta, florida y melódica de Mozart; interrumpida, rota, de Chopin; ama la armonía arquitectónica de Atenas y los rostros prerafaelista. Piensa mucho más y su vuelo poético está sobre las cumbres del Misti y del Chachani. Alberto Hidalgo y Alberto Guillén han sido estudiados tanto que tendríamos que repetir lo dicho. Guillén si es criollo, de los vanidosos, de los que hablan mal

del prójimo, de los autoendiosados. Pudo ser caudillo en lugar de poeta, pero se disciplinó en lo segundo y lo logró. Tiene de Chocano su politiquería, aunque Chocano la hacía a lo florentino y Guillén a lo peruano. Y también tenía algo del Pombo de don Ramón Gómez de la Serna. Se repite mucho en su verso que es un tanto forzado. Sus últimos Hay Kay lo acercaban más a su origen, a la tierra que lo vió nacer. Alberto Hidalgo es de mayor fuerza. Con su figura mongólica lo conocimos en su alojamiento sibarita de un barrio bonaerense. A veces no parece un peruano. Su poesía es rebelde, callejera, con tonalidades de Walt Wihtman como bien lo dice John Englekirk. La región incáica, digamos mejor que serrana, tiene la insurgencia del indio, rezago de señorío, herencia de raza privilegiada, en Alejandro Peralta. Hasta los nombres de sus libros tienen la presencia del Incario: "Kollao" y "Ande". Poesía marcial que orienta a una raza desorientada. No tiene el sentido folklórico que puede tener la poesía costeña de Torres de Vidaurre. Ni los colores hermosos de Bustamante y Ballivián. Ni la galanura y lisura de Gálvez y de Gibson. Quizás un algo del empuje serrano de Vallejo y más pequeño aún de Varallanos. Peralta es más rebelde que ellos. No se acuerda para nada del español, ni siquiera protesta de la Colonia ni de lo colonial. Su protesta es puramente económica. Representa al Mesías del que nos ha hablado tanto Valcárcel y el nuevo indio anunciado por Uriel García y por Vasconcelos.

No se puede creer que los poetas anteriormente señalados sean los únicos representantes del valor poético nacional. Existen otros muchos nombres que brillan en nuestra poesía pero por conveniencia de estudio hemos tomado los más típicos, los más conocidos también. Lo mismo pasa en las regiones. En esa forma orientamos mejor y sin llegar a una definición y clasificación concreta, que está lejos de nuestra idea, sin embargo podemos calcular hacia donde creemos se dirije nuestra poesía.

BREVISIMO PAISAJE DE LA POESIA AMERICANA.

Veamos los países más cercanos al nuestro: Chile, tiene una poesía de ternura, de amor y color marino como su larga costa en el Pacífico. Gabriela Mistral, maternal; Pablo Neruda, amoroso primero, rebelde después; Vicente Huidobro, retorcido y difícil como sus hermanos. Chile es un pueblo que ha tenido que luchar con la naturaleza para conquistar sus medios de vida por eso su poesía es siempre rebelde y de protesta, aún en la tierna de la Mis-

tral y en la amorosa de Neruda. La Argentina es de gran avanzada; país rico, próspero, de enormes pampas y gigantescas ciudades, ha podido dedicar su tiempo a los ensueños puros. Sin embargo tienen a Ricardo Güiraldes, el autor de don Segundo Sombra, cantor de la pampa y de los potros indomables; de los gauchos valientes, criollos y dueños de una raza. Por otro lado Jorge Luis Borges, menos pampero, más ciudadano, amador de los suburbios de Buenos Aires; con una gran cultura adquirida en Europa y traída para trabajarla en América. La Argentina y el Uruguay tienen formado una poesía a base de su raza gaucha que ha entrado en las ciudades; el hombre auténtico, nativo como lo canta Fernán Silva Valdéz, en la campaña uruguaya o en la ciudad. Paraguay, tan cerrado al mundo, sin embargo ha gestado una poesía plena de belleza selvática, también de raza. Juan O'Leary, emocionante, rudo y hasta agitador o López Decaud, con el pulimento de una poesía a lo Gabriel Miró, a quien "un adjetivo mal empleado le causa dolor físico", como dice Pastor Benítez. Bolivia también tiene un verso indio, exaltado y de fantasía desde Ricardo Jaimes Freyre hasta Fernando Diez de Medina. El Ecuador es el más rebelde literariamente de todos nuestros vecinos. No digamos nada de su novela. Ese grupo "América" que tantos nombres notables está dando como Augusto Arias, Alejandro Carrion, Ignacio Lasso, etc. Colombia ha seguido con sus laureles de lingüista, parladora del idioma de Castilla, en el verso triste de Rafael Maya, de Valencia, etc.

La Historia Poética de los países de América es similar a la del Perú. Un desarrollo un tanto parecido. Siempre dos aspectos: el yo de la tierra y el yo universal; siempre Geografía y Geografía.

FINAL.

Expuestas brevemente las épocas e influencias de la poesía peruana, podemos sacar en limpio las conclusiones siguientes:

Primera.—En el Perú han habido dos fuentes fundamentales de inspiración poética: a) Perú incáico: más que una literatura poética, un pasado poético, un paisaje poético y una historia capaz de producir poesía; b) Perú hispánico. La Conquista trajo consigo el conocimiento de los valores poéticos de España. Vinieron sus hombres y dejaron su sangre en nuestra raza, su idioma, religión, etc.

Dos herencias, las cuales no podemos desechar jamás.

Segunda.—Posteriormente, después de la Independencia, por ley natural vinieron las corrientes poéticas de Europa. Francia, principalmente. Casi no podríamos titular fuentes poéticas, porque más se limitó a servir de imitación que de inspiración.

Tercera.—Existe una poética peruana, de criollo raigambre, desde los tiempos de Cavides (poesía en verso) y Concolocorbo (poesía en prosa) hasta Abraham Valdelomar y Leonidas Yerovi, tuvieron una inspiración amante de lo suyo, resaltando el valor de lo nacional.

Cuarta.—Comparativamente nuestra poética y la de los pueblos que nos rodean, contando también a la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Colombia, etc., es más o menos parecida. El juego es igual, quizá el sistema es distinto. El paisaje de la pampa no es el mismo que el de la puna; la costa peruana es distinta de la costa argentina y que buena parte de la costa chilena.

Quinta.—La poesía actual fuga. Se sale en nuestros días del marco de la tierra. Queda dividida en **dos posiciones**.

Es de advertir que un movimiento poético, literario en general, de gran madurez aún no existe en nuestros pueblos americanos. Es el proceso lógico el que se está realizando. Gestación de una gran cultura y que un día dará el resultado que se espera. (La novela lo está diciendo).

Primera posición de la poesía peruana: De la tierra. No digamos propiamente criolla, porque este término está refundido y quizá con mucha razón más que en la poesía en la vida del escritor costeño. Llamemos a esta posición: regnicola, porque está arraigada a la tierra, porque canta las glorias y desventuras de la criatura, en su suelo, especie de **mamapacha**. Poesía de historia, de raza, de paisaje local. En esta posición existe también el poeta que canta como motivo fundamental la belleza, como Enrique Bustamante y Ballivián; o la ironía y la sonrisa, como Gálvez y Gibson, o rebelde y de protesta como Alejandro Peralta.

Segunda posición: Posición de fuga. Ageográfica, sin ubicación en los continentes de la tierra, que no se refiere a ningún paisaje determinado, ni a una raza fija, ni una historia propia. Puede ser como la de José María Eguren, señorial, azul, feudal; como la de Alcides Spelucín, marina y como la de César A. Rodríguez, de expresivismo terrible; como la de los Peña Barrenechea, sutil, primorosa; o como la de Emilio Westphalen, difícil o intrincada.

Dentro de estas dos posiciones se orienta la poesía en el Perú y descarguémonos de tantos y tantos "ismos" que quieren colo-

carnos los críticos de laboratorio. La poesía es asunto de alma-alma de individuo o de raza o de pueblo, pero siempre alma-consuelo del hombre, orientación también, pero nunca elementos de química que combinados den reacciones fijas. El porvenir poético del Perú está indudablemente en la fuerza de su raza (sin hacer distingos de colores de piel ni de paisajes; que cada uno en su marco puede colaborar); pero también está en lo universal, en lo que no se ubica, pero que se ansía.

EMILIO CHAMPION.

